

INTELECTUALES Y PODER EN EL PORFIRIATO. UNA APROXIMACIÓN AL GRUPO DE LOS CIENTÍFICOS, 1892–1911

CÉSAR ARTURO VELÁZQUEZ BECERRIL*

INTRODUCCIÓN. LA HISTORIA POLÍTICA COMO CUESTIONAMIENTO

Resulta necesario referirse a periodos de la historia que nos permitan comprender mejor nuestro presente o, por lo menos, una parte importante de éste al cuestionarlo de otro modo.¹ Pero al intentar realizar este ejercicio nos topamos inmediatamente con una dificultad no fácil de superar, la manipulación, luego no tan sutil, que ha sufrido la historia mexicana. Muchos historiadores suelen considerar propiamente la historia moderna

de México dividida en dos etapas fundamentales: 1) La República restaurada, que abarca 10 años –de 1867 a 1876–; y 2) El “porfiriato”, que comprende casi 34 años –de 1877 a 1911–.

Historiadores de otras latitudes han visto mejor la continuidad existente entre las etapas independentista, del porfiriato y de la Revolución Mexicana. También han insistido en la importancia que cobran las ideas promovidas por los “filósofos políticos” de la etapa posterior a la revolución insurgente independentista. Pero la filosofía política que contribuye al establecimiento del imaginario político que se “cocina” durante el siglo XIX, cobra forma en el México actual. De tal manera que sólo se puede comprender una etapa determinada de la historia del México moderno si se logra relacionar con todo el proyecto formativo del Estado moderno mexicano desde una perspectiva de “larga duración”.² El proyecto de la modernidad se transforma constantemente en las diversas etapas de la historia.

* Profesor-Investigador del Área de Polemología y Hermenéutica del Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco [cavelaz@correo.xoc.uam.mx].

¹ Desde una tradición hermenéutica se habla de una *temporalización del relato* –tanto histórico como ficticio– en forma de *tradicionalidad* en la conciencia histórica mediante la relación dialéctica entre los efectos del pasado y su recuperación en el presente mediante la *Überlieferung* de Gadamer o la «*apropiación ontológica*» de Ricoeur, para la realización aplicativa de la comprensión en el “proceso de historia efectual” (véase Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, T. I, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2003, pp. 360-377 y Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. El tiempo narrado*, t. III, pp. 973-989).

² Véase Fernand Braudel, “La larga duración”, en *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza, pp. 23-54 y Norbert Elias, *Sobre el tiempo*, 1989.

Podemos observar que parece correr viento en popa después de la restauración de la República en 1867, sin embargo, muchos factores lo abortan de inmediato, para que con la etapa administrativa de Don Porfirio Díaz se logre mantener como en un prolongado suspenso, por algunas peculiaridades del régimen que parece transitar constantemente entre la tradición y la modernidad. De tal manera que con esta óptica continuista intentaremos revisar algunos aspectos fundamentales del gobierno del general Díaz.

Sin pretender aquí, desde luego, agotar su sentido y alcance, nos parece posible elaborar un breve esbozo que nos permita utilizar algunos datos históricos en el análisis de la relación compleja poder-saber. Es con este ánimo del investigador político que busca “establecer regularidades”, como intentaremos abordar la relación entre los intelectuales y el poder durante el régimen de Díaz.

La problemática sobre la relación de los intelectuales y el poder en México se ha venido abordando desde diferentes enfoques y en diversos periodos de la historia del país. Posiblemente los periodos que resultan más significativos e interesantes para entender en buena medida el debate político e intelectual contemporáneo, sean el “Porfiriato” y la Revolución Mexicana. Al respecto, es de particular interés el caso de los “científicos” positivistas y su relación con el poder político en una etapa fundamental de la presidencia del general Díaz.

Lo que nos han mostrado trabajos más actuales, que han estudiado esta etapa en sus diversos matices y elementos, es un periodo rico y complejo, que requiere indudablemente de una mejor comprensión. Por nuestra parte, intentaremos es-

tudiar una etapa que consideramos clave para entender el funcionamiento complejo de la política durante el porfirismo, partiendo de un grupo de actores fundamentales comprendidos bajo el epíteto de “científicos”. Nuestro periodo de estudio comprende los años de 1892 a 1911.³ Realizaremos un breve análisis de la relación del grupo de los “científicos” con el gobierno de Porfirio Díaz: ¿cuál es la importancia real de estos intelectuales en el ámbito de la política? El enfoque biográfico-narrativo que asumimos se propone la reconstrucción de la sociedad desde el testimonio de sus actores, ya que las redes de relación cotidianas que establecen los individuos mediante la incorporación a grupos limitados, se constituyen en síntesis del sistema social en tanto totalización en marcha.⁴ Consideramos que la historia política y la biografía narrativa pueden brindar nuevos instrumentos para interrogar y problematizar desde otras latitudes nuestro propio presente, en una búsqueda siempre comprensiva.

BREVE APROXIMACIÓN

AL GRUPO DE LOS CIENTÍFICOS

El cambio de año de 1887 a 1888 señala el inicio de un periodo optimista en la vida

³ El primero se refiere al año de acceso de los positivistas científicos al gobierno, con el ministerio de Hacienda Limantour, la segunda fecha se refiere a la caída definitiva del gobierno del general Díaz con el estallido de la Revolución Mexicana.

⁴ El método biográfico parte de una postura epistemológica que considera a cada individuo la síntesis activa y creadora de una sociedad, eliminando la rígida distinción entre particular y estructura, nos invita a leer lo social en cada relato de vida. Su renovador en la actualidad es el sociólogo italiano Franco Ferrarotti, *La historia y lo cotidiano*, Barcelona, Península, 1992.

del México independiente y prerrevolucionario. Por lo demás, resulta de suma importancia para lo que es la marca propia que caracterizará el último periodo del porfiriato. Resulta significativo que sea a partir de aquel primer día del año de 1888 que se comienza a celebrar el día inicial de cada año por venir, costumbre tomada de los británicos, y que toma un arraigo tradicional muy fuerte aún en nuestros tiempos.

También, a comienzos de aquel año se incrementa una marcada política migratoria, que pretende indudablemente acoger en tierras mexicanas a todos aquellos extranjeros con ideas innovadoras y progresistas, los preparativos materiales no se dejan esperar para recibir a colonos estadounidenses, principalmente. A la vez, se construyen importantes vías férreas y la red de comunicación telegráfica se amplía significativamente. El *progreso* y la *paz* adquieren cada vez mayor presencia como invitados en el cortejo luctuoso del general.⁵

Otro síntoma de esta buena salud, fue la labor que hizo Díaz para restaurar el

crédito nacional y el permitir, pese a la férrea ley de culto, que la iglesia siguiera con las celebraciones importantes para el dogma religioso, ejerciendo su poder espiritual y cumpliendo informalmente su función educadora. Indudablemente, el general Díaz se perfila para asegurar su próxima reelección, posibilitada por una anterior reforma constitucional. Por lo demás, las palabras del Diputado Francisco Bulnes, uno de los más prominentes miembros de los científicos, resultan significativas en la discusión reformista: "El dictador bueno resulta un animal tan raro, que la nación que posee uno debe prolongarle no sólo el poder, sino hasta la vida".⁶ Numerosas son las alabanzas que en aquella ocasión recibe el prominente mandatario. En aquellas elecciones Díaz arrasó limpiamente con el 98% de los votos, por lo cual las celebraciones fueron abundantes. Lo importante de aquí, es destacar el cambio fundamental que trajo consigo esta tercera reelección presidencial de Díaz, pues es a partir de 1888 que se comenzará a rodear de gente más joven y preparada, urbana, culta y de buenos modales, dando entrada con esta mutación significativa a la *etapa científica de la política*.

Es necesario partir de la identificación de la élite política e intelectual que constituye al grupo de los científicos, esta aproximación nos permitirá ubicar adecuadamente a nuestros actores e intentar localizarlos en su apropiado contexto de vida, claro que la clasificación se complica al encontrarnos con algunos de ubicación difícil o que sólo se manifiestan como simples simpatizantes del

⁵ Friedrich Katz, *De Díaz a Madero*, pp. 8-9, pone en claro la forma como los países Latinoamericanos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, entraron en el acelerado desarrollo del capitalismo mundial al inyectar importantes capitales en la zona. Sin embargo, se siguió conservando el "modelo colonial" al generar una marcada dependencia que produce y controla desde materias primas, mano de obra explotada, niveles de vida ínfimos, sistemas educativos paupérrimos con altos índices de analfabetismo, hasta una marcada intervención en el ámbito político. Este fenómeno generó una alta concentración de poder del Estado y su fortalecimiento por la revolución de las redes de comunicación, posibilitando una fuerza armada consolidada que logra prolongar extensamente la permanencia del control político de los dictadores en toda América Latina.

⁶ Cit. en VV. AA., *Historia general de México*. T. 2, pp. 954-955.

positivismo y de la política científica. De entrada, la lista resulta bastante amplia: Francisco Bulnes, Sebastián Camacho, Joaquín Diego Casasús, Ramón Corral, Francisco Cosme, Enrique C. Creel, Alfredo Chavero, Manuel María Flores, Guillermo de Landa y Escandón, José Yves Limantour, los hermanos Miguel y Pablo Macedo, Jacinto Pallares, Porfirio Parra, Emilio Pimentel, Fernando Pimentel y Fagoaga, Rosendo Pineda, Emilio Rabasa, Rafael Reyes Espíndola y Justo Sierra Méndez.⁷ Otras fuentes citan a más de cincuenta miembros pertenecientes al grupo.

Como conjunto, los científicos son difíciles de ubicar con precisión, dado que existen criterios encontrados tanto para caracterizarlos como para saber con absoluta certeza quién pertenece a dicho grupo. Esto se debe fundamentalmente al “malentendido” que el grupo guarda desde sus inicios. Charles Hale localiza por lo menos tres criterios diferentes con los que se han intentado enfocar lo que se ha llamado “el misterio científico”:

a) el punto de vista posrevolucionario que, por razones obvias, ubicaba a los científicos como aquella élite de hombres inteligentes con formación técnica elevada que constituían los hombres de confianza y asesores del dictador Porfirio Díaz;

b) la segunda postura importante respecto a los científicos germinó en los años 1908-1910 –correspondientes a la séptima y última reelección de Díaz–, cuando se consideraba a los científicos, si no como un grupo que constituía un “partido Científico”, por lo menos

como un activo grupo en la dictadura del general, con base en la ciudad de México y, finalmente;

c) esta tercera postura se deriva de los acontecimientos de 1893, año en que se utiliza por primera vez este epíteto para caracterizar a dicho grupo, y es también la perspectiva con que se vieron ellos mismos: *como aquel grupo colaborador del régimen que activaría internamente las reformas políticas, económicas y culturales que la nación requería para acceder a una verdadera democracia moderna*.⁸

Pero, ¿dónde se encuentran los orígenes de este peculiar grupo de intelectuales interesados en los acontecimientos y las reformas políticas? Dos acontecimientos, relacionados muy ampliamente, marcan el inicio real del positivismo en México: el año de 1867 el Dr. Gabino Barreda (quien había estudiado con A. Comte en París de 1847 a 1851) es llamado por Juárez para constituir una comisión que tendría como tarea fundamental la reestructuración de la educación en México, y la pronunciación, el 15 de septiembre del mismo año, de la célebre “Oración Cívica” en Guanajuato por parte de Barreda.⁹ Aquí el positivismo es tomado como el instrumento adecuado para la estructu-

⁸ Charles Hale, *La transformación del liberalismo mexicano en el último cuarto del siglo XIX*, pp. 206-208.

⁹ “Ya es sabido que la introducción del positivismo en México fue ocasionada directamente por el triunfo del Partido Liberal, que el famoso discurso de Gabino Barreda el 15 de septiembre de 1867, fue considerado como el punto de partida de la consolidación del triunfo político” (cfr. Abelardo Villegas, “I. Cientificismo y revolución”, en *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, pp. 11-12).

⁷ Cfr. *Ibid.*, p. 956.

ración de la revolución reformista emprendida por Juárez, pero que indudablemente se centraría principalmente en el ámbito educativo, su incidencia en el plano de la política tendría que esperar hasta el año de 1892.¹⁰

Es claro que entre estos dos momentos existe una relación directa, pues como dice François-Xavier Guerra: "El magisterio moral de los 'sabios' positivistas y la tradición ilustrada de los consejeros del príncipe, se unen en la tentativa pedagógica positivista de *La Libertad*".¹¹ Sólo que este proyecto político reformista tiene que esperar un cuarto de siglo después para comenzar a dar sus frutos, por supuesto que se encuentra un antecedente interesante en las discusiones de 1889, año en el que se celebraron los dos Congresos Nacionales de Instrucción Pública, en donde se debatieron sin duda cuestiones relacionadas con educación (fundamentalmente el cambio de la "filosofía espiritualista" por una "lógica científica" en los cursos de educación superior), pero que impulsa y fortalece una postura positivista heterodoxa en el Congreso de 1891. Sin embargo, el punto nodal lo encontramos en el año de 1879, cuando un grupo de intelectuales recientemente incorporados a la vida pública comparten las mismas ideas positivistas; Limantour y otros miembros de su generación se reúnen en el despacho del

entonces Secretario de Hacienda Matías Romero, discuten proyectos en común y los liga una fuerte amistad que dura años. Es en estas reuniones donde se encuentra el verdadero origen del grupo de los científicos, que prosigue, durante el régimen de Manuel González, bajo la protección de Manuel Romero Rubio. Estos inquietos jóvenes, a quienes se les identificó en un principio como el "grupo" de Romero Rubio, consideraban necesaria una dirección "fuerte" que lograra instaurar un "nuevo orden" que condujera al país al necesario crecimiento económico, para fortalecer el proyecto de "orden y progreso" que la doctrina positivista postulaba como requerimiento necesario para acceder a la tercera etapa del desarrollo humano: la fase *positiva* o *científica*.

Lo cierto es que tanto el nacimiento de la Escuela Nacional Preparatoria (1867), como parte fundamental de la reestructuración educativa emprendida por Barrera, como las reuniones de este grupo de jóvenes en el despacho, primero de Matías Romero y luego de Romero Rubio, se encuentran los dos hechos fundamentales para la formación del grupo de los "científicos", agentes necesarios para la comprensión del último periodo del porfirato. Este grupo se reunió en 1892 en la Unión Liberal y permaneció durante todas las sucesivas transformaciones que sufrió la unidad, con anterioridad habían pertenecido a la Sociedad de los Amigos del Presidente y al Círculo Nacional Porfirista. Resultan de interés particular los postulados que formula la comisión organizadora de la Unión Liberal, pues pueden entenderse como un verdadero manifiesto político del grupo de los científicos.

¹⁰ Es en 1892 que Justo Sierra, Rosendo Pineda, Joaquín D. Casasús, Manuel Romero Rubio, José Yves Limantour, Miguel Macedo, entre algunos otros, forman la "Unión Liberal", luego conocido como el "Partido de los científicos", siempre bajo el lema positivista de "orden y progreso".

¹¹ François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, t. I, p. 383.

LOS POSTULADOS FUNDAMENTALES DE LA “POLÍTICA CIENTÍFICA”

El manifiesto de la Unión Liberal fue dado a conocer el 23 de abril de 1892, estaba firmado por el comité organizador integrado por 11 personas y por los 70 delegados asistentes a la Primera Convención Nacional Liberal. El escrito fue redactado por Justo Sierra, y presentaba un programa que podría considerarse como un compendio de los principios de la política científica:

1. Es necesario reafirmar la *paz* y el *progreso* logrados por el presidente Porfirio Díaz.

2. Se requiere de una severa aplicación para lograr la activación del programa de “integridad administrativa”.

3. La Economía deberá adquirir la prioridad para la reorganización de algunos sectores del gobierno, en particular el del Ministerio de Guerra.

4. El sistema tributario deberá sustentarse en verdaderas bases científicas.

5. Se demandan acciones firmes para eliminar todos los obstáculos que imposibilitan un adecuado ejercicio del libre comercio interno.

6. Se pretende la elevación del *progreso moral e intelectual*, por medio de una *firme educación* que se transmita aún a los sectores más populares, y que logre capitalizar el rápido crecimiento de las comunicaciones requerido.

7. Sin estas transformaciones necesarias, peligraba la *democracia mexicana* hasta convertirse en un estéril utilitarismo, dañino para todas las virtudes cívicas y para la producción de ideas.¹²

Podemos observar cómo la *administración* y la *ciencia* se constituyen en elementos fundamentales del programa científico, pero, no obstante el marcado acento en el área Económica, la prioridad dominante del programa de la Unión Liberal lo constituye sin duda la *preocupación política*. Podemos encontrar en este programa de política científica la fusión de preocupaciones liberales y positivas, incluso es considerado como el punto de conciliación de ambas tendencias logrado durante el porfiriato. Sin embargo, el importante debate comenzado en 1893 introdujo nuevos elementos e ideas que provocarían una nueva división en la élite, lo cual, ratifica que “dentro del consenso político e ideológico del Porfiriato también hubo ruptura, falta de consenso”. Aseveración que sin duda complementa la que es una de las tesis fundamentales del mismo autor, Charles Hale, sobre la continuidad existente entre la República restaurada, el Porfiriato y el México posrevolucionario.

LOS CIENTÍFICOS Y SU CONTEXTO DE VIDA

Antes de analizar brevemente algunas biografías de los representantes fundamentales del grupo de los científicos y de hacer un intento de contrastación con lo que se puede denominar la ideología dominante del porfiriato, intentaremos establecer algunos criterios generales que debemos tomar en cuenta antes de bus-

¹² Un desarrollo más amplio de estos principios puede encontrarse en Charles Hale, *La transformación...*, op. cit., sobre todo, puede consultarse el “Capítulo IV: Los Científicos constitucionales”, pp. 173-230.

car caracterizar a este grupo que indudablemente adquirió una importancia fundamental alrededor del dictador. Es verdad que aún se les suele caracterizar como racistas,¹³ interesados, intrigantes, monopolizadores, aprovechados, elitistas, corruptos, “sajonizantes”, cobardes, “eclécticos y hermafroditas”, etcétera. A Porfirio Díaz se le ha caracterizado con los peores apelativos, cómo no atribuirlos al grupo más importante de sus allegados, los “*hombres del presidente*”. De cualquier forma, los Científicos pertenecen, así como lo ha indicado Alfonso de María y Campos, al “mundo de los perdedores”: “Blanco de todas las críticas: antes, durante y después de la Revolución, los científicos han llegado a monopolizar el papel del villano en la historiografía del Porfiriato”.¹⁴

Otra discusión interesante sobre la naturaleza del positivismo en México se ha realizado en los últimos años, las posturas de los estudiosos luego difieren mucho; por ejemplo, podemos encontrar desde la posición clara de Leopoldo Zea: el positivismo fue sin lugar a duda una ideología de la burguesía emergente del país; pero también encontramos otras propuestas en abierta oposición a los planteamientos clásicos de Zea, como son las de William Raat que sostiene que la posición del grupo no fue propiamente ni filosófica ni teórica, llegando al extremo de negar la factura positivista que estig-

matizaba al grupo; también F.-X. Guerra niega la paternidad del positivismo a la burguesía, pues para él la adopción del positivismo en México será sólo una manifestación más del endémico ímpetu imitativo de adoptar teorías y pensamientos de Estados Unidos y Europa.¹⁵

En esta discusión, sin duda las aportaciones de Charles Hale han sido de gran utilidad en la comprensión de este particular grupo, pues, según él lo fundamental del positivismo mexicano no vendría de la influencia de August Comte, Herbert Spencer o Duque de Saint-Simon, sino de pensadores como Hyppolite Taine, Agustín Thiers o Emilio Castelar; por lo tanto, la aportación fundamental del grupo no sería tanto en materia de “filosofía positiva”, como en el área de lo político y social.¹⁶

Por nuestra parte, no tomaremos muy en serio las diferentes posturas que se han venido asumiendo a lo largo de la historiografía del porfiriato y de los estudios sobre los científicos. Respecto a los diversos calificativos que se les han venido aplicando, generalmente no contribuyen en nada o casi nada a la comprensión de este grupo ni a la función que realmente desempeñaron durante el porfiriato. Respecto a la factoría del Positivismo mexicano, las interpretaciones de Zea y Guerra serían más bien complementarias, según nuestra óptica: por supuesto que es el resultado de la influencia que siempre han tenido las ideas europeas en nuestro país, el mismo liberalismo no es otra cosa

¹³ Moisés González Navarro, “Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910”.

¹⁴ Alfonso María y Campos, “Los científicos: actitudes de un grupo de intelectuales porfirianos frente al positivismo y la religión”, en VV. AA., *Los intelectuales y el poder en México*, p. 122.

¹⁵ Véase Leopoldo Zea, *El positivismo y la circunstancia mexicana*; François-Xavier Guerra, *México...*, op. cit. y William Raat, *El positivismo durante el porfiriato, 1876-1910*.

¹⁶ Cfr. Charles Hale, *La transformación...*, op. cit., pp. 399 ss.

que la asimilación de tendencias del exterior que en cierta manera coinciden con las necesidades que el momento requiere, por lo mismo, cumple la exigencia que en éste periodo la burguesía mexicana tiene y aprovecha de la mejor manera. Sin duda son tres los aspectos que vinculan desde su propio contexto de vida a estos pensadores: (a) el aspecto formativo, como ámbito educativo desde la Escuela Nacional de Jurisprudencia;¹⁷ (b) el “ideario positivista” como fuerza transformadora para el progreso y (c) como grupo de intelectuales que buscan mediante su incursión en la política generar cambios significativos.

Para el particular interés de nuestra reflexión, localizamos los siguientes seis nombres como indudables miembros destacados y pertenecientes activos de este insigne grupo: Justo Sierra Méndez, Francisco Bulnes, Pablo Macedo, Joaquín D. Casasús, José Yves Limantour y Rosendo Pineda.¹⁸

¹⁷ La Escuela Nacional de Jurisprudencia dependía del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública desde 1865, debido a la clausura aplicada por el emperador Maximiliano. Funcionando irregularmente y con dificultades en 1868 se establece en el edificio que con anterioridad ocupara el Colegio de San Ildefonso y para 1869 se traslada al del ex convento de la Encarnación.

¹⁸ Para la elaboración de las siguientes microbiografías nos basaremos sobre todo en el trabajo de François-Xavier Guerra *México...*, *op. cit.*, y los de Alfonso María y Campos, “Los científicos...”, *op. cit.* y “Porfirianos prominentes: orígenes y años de juventud de ocho integrantes del grupo de los científicos”, en *Historia Mexicana*, núm. 4, vol. XXXIV.

JUSTO SIERRA MÉNDEZ

Es uno de los cuatro integrantes de los científicos que nacen en el sureste (los otros tres son: Casasús, Pineda y Rabasa). Nace en Campeche en 1848, y pasa buena parte de su infancia en San Francisco Campeche y en la ciudad de Mérida, Yucatán. Perteneciente a una familia bien acomodada de la aristocracia provincial, su padre fue Justo Sierra O’ Reilly destacado abogado de la sociedad de Mérida y uno de los personajes más influyentes de la política de la región. De familia piadosa, varios familiares de Sierra Méndez se inclinaron por la vida religiosa. Sus estudios iniciales los realiza en el Colegio de San Miguel de Estrada en Campeche, dirigido por el profesor Elogio Pereda Moreno.

A la muerte de su padre —acaecida el año de 1861—, y con el apoyo de su tío y padrino Luis Méndez, Justo Sierra se traslada a la ciudad de México para continuar sus estudios en el Liceo francomexicano, dirigido por el profesor Narciso Guibault, y luego en el colegio de San Ildefonso (más tarde será la sede de la Escuela Nacional Preparatoria). Realiza estudios de Derecho y gran número de sus biógrafos consideran que durante este periodo, con la influencia de lecturas de autores franceses y alemanes, abandona su fe católica, inclinándose notoriamente hacia un liberalismo activo.

Ya desde sus años en el sureste, Sierra escribía relatos y poesía, que sin duda fructificaron ampliamente para su pronta notoriedad en los salones literarios de la capital. Son años de rebeldía y osadía juvenil de este impetuoso estudiante, a quien sin duda las numerosas anécdotas de la época reflejan muy bien. De aquella

época data también su trabajo en prosa sobre *"El matrimonio"* (1865), no obstante que para ese año se dará a conocer como poeta. Sierra asiste regularmente a las veladas literarias de los reconocidos intelectuales de su época —Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Acuña, Guillermo Prieto, Luis G. Urbina, entre los principales—, pero considerándose discípulo de Ignacio Altamirano y de Gabino Barreda.

Con el triunfo de la República y la tan nombrada reestructuración educativa de 1867, la última generación de El Colegio Nacional de San Ildefonso, transformada en Escuela Nacional Preparatoria, tiene que trasladarse al Colegio de la Encarnación donde finalizará sus estudios de Derecho. La influencia inevitable del positivismo de aquel entonces, resulta definitiva en la formación del joven Sierra, algo que compartirá con todos los integrantes de su generación. Por los años de 1868 a 1870, se dedicará de lleno a la producción literaria y periodística, descuidando significativamente su carrera profesional pero descubriendo otra de sus vocaciones que cultiva ampliamente: el periodismo. Sus trabajos aparecerán a lo largo de su carrera profesional en diferentes periódicos: *El Mundo*, *El Monitor Republicano*, *El Renacimiento*, *El Domingo* y *El Siglo Diez y Nueve*.

Se convierte en acérrimo porfirista y en 1878, con el apoyo del régimen, funda el diario *La Libertad*, monitor desde el que emprende una lucha constante contra los liberales dogmáticos y desordenados. Al mismo tiempo, con sus artículos de periodismo político promueve la apología de un gobierno fuerte, teniendo como base la ley, el progreso y la paz. Es desde estos ámbitos del periodismo político, donde se preparará la ideología que fun-

damenta más tarde una importante etapa del régimen porfirista.

A diferencia de muchos de sus compañeros de generación que aceptaron responsabilidades mayores en el ámbito político y administrativo, Sierra continua sin descuido su carrera como escritor y profesor de la Escuela Nacional Preparatoria; con el inicio del siglo, en 1900, es nombrado ministro de la Suprema Corte; en 1901 es Subsecretario de Estado de Educación Pública y para 1905 primer titular de la nueva Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Aquí, Justo Sierra se aleja significativamente de sus anteriores creencias positivistas, encaminándose hacia un marcado humanismo y una entrega a la reforma educativa del momento; en buena medida, estas transformaciones chocan con los antiguos planteamientos positivistas: en 1907 se reforma la Escuela Nacional Preparatoria, y en 1910 tiene lugar la creación de la Escuela Nacional de Estudios Superiores y de la Universidad Nacional de México.

JOSÉ YVES LIMANTOUR

Sin duda, José Yves Limantour es considerado la figura central del grupo de los científicos, los mismos miembros del mismo lo consideraban de esta manera. Fue una figura destacada en la política porfirista, por dieciocho años se mantiene como secretario de Hacienda y Crédito Público.

De padres franceses emigrantes, Limantour nace el 26 de diciembre de 1854 en la ciudad de México, las numerosas leyendas que se han establecido de su persona lo identifican —como a muchos miembros del grupo de los científicos—

como judío. Esto de manera alguna ha sido probado, se trata más bien de un rasgo más de la campaña de rechazo y descrédito a la que fueron expuestos por los detractores y enemigos del positivismo, sus padres fueron el capitán Joseph Limantour y Adèle Marquet. La familia Limantour se instaló unos años antes de la llegada de su hijo José Yves en la ciudad de México, y para 1854 Limantour padre era un rico comerciante capitalino.

El joven Limantour era de salud frágil, por la misma razón realiza viajes periódicos al extranjero, mientras efectúa sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia —donde también estudiaban Sierra, Casasús y Macedo—. Termina su carrera de Derecho en 1875. Entre las amistades de su padre se encontraba el general Díaz, amistad que posteriormente impulsa significativamente su carrera diplomática con el ascenso al poder de Porfirio Díaz en 1876.

A la edad de veinte años lo encontramos como profesor de economía en la Escuela de Comercio y de derecho internacional en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Emprende un viaje a Europa entre los años 1875 y 1876, durante esta travesía Limantour recibe las credenciales necesarias para asistir y participa como delegado a las reuniones del Congreso Nacional de Ciencias Geográficas en París (presenta una ponencia sobre inmigración y otra sobre un proyecto de canal para el istmo de Tehuantepec).

En aquel viaje Limantour aprovecha para completar su educación profesional, sobre todo en Economía política y administración pública; asiste a las conferencias de Leroy-Beaulieu (defensor del libre comercio) y de Anselme Policarde Batbie

(abogado y economista). Lo fundamental de esta experiencia fue el entrenamiento de primera que recibió en Economía, y que le sirvió para los importantes puestos públicos que desempeñará en México. Puede decirse que el año 1876 fue un año de estudios intensos y de formación madura, también en aquel año, tras los tumultos de la revolución de Tuxtepec, Porfirio Díaz ascendía al poder.

A fines de 1876 regresa Limantour hijo a México, las condiciones en el país resultaban adecuadas para poner en práctica todo lo que había aprendido durante su viaje, así lo demostraron los estudios que realizó para el ministerio de Relaciones Exteriores e Interiores. Para 1887 es consejero municipal de la ciudad de México, también es varias veces diputado y senador, en 1879 se reúne con varios jóvenes amigos y conocidos recién ingresados en la actividad pública, donde germina lo que posteriormente se conoce como el grupo de los científicos.

En 1892, año crucial para la incorporación política del grupo, Limantour es oficial mayor de Hacienda, pero para 1893 es nombrado Secretario de Hacienda, puesto que ocupa hasta la terminación del régimen porfirista. Es sobre todo en este cargo en donde logra expresar sus dotes excepcionales en el campo de las finanzas. El prestigio financiero que adquiere México en este periodo, hace considerar a Limantour por el presidente Díaz como un posible sucesor, pero los continuos ataques de los enemigos del régimen del general logran enturbiar aquel momento importante en el desarrollo de los científicos.

Limantour es considerado una de las mentes más brillantes del régimen porfirista y como uno de los máximos pro-

motores de las ideas y de la política positiva. Hombre de acción y de cálculo detallado, es también señalado como el principal artífice de la política electoral de los científicos.

ROSENDO PINEDA

Nace en Juchitán, Oaxaca, el día 1 de marzo de 1855. Es hijo del ingeniero francés Teófilo Delarbre y de Cornelia Pineda, una india zapoteca de la región. Al poco tiempo su padre los abandona, y su madre trabaja duramente para sacar adelante a la familia, es de anotar que fue el único del grupo que tenía un vínculo inmediato con el pasado indígena.

Hasta los doce años permaneció en Juchitán, gracias a la “suerte” y al apoyo directo del general Díaz. Pues tras el triunfo de la República en 1867, fue personalmente a agradecer la aguerrida resistencia juchiteca en contra de los invasores franceses. Como muestra de agradecimiento, Díaz ofrece solventar los gastos educativos para seis jóvenes juchitecos destacados, Rosendo Pineda tuvo la suerte de ir entre los agraciados para estudiar en la capital del estado, Oaxaca. Ahí inició sus estudios en el Instituto de Ciencias y Artes del estado, que, como otros institutos de educación importantes de la época, comenzaban a tener una significativa influencia en la educación positivista que la Escuela Nacional Preparatoria impartía.

El joven Pineda estudia la carrera de Derecho en esa institución, quizá una de las disciplinas más característica de muchos de los Científicos. En el instituto tiene como compañeros de estudio a Rafael y Emilio Pimentel y Emilio Rabasa. Resulta de mucha importancia este encuentro

para el joven estudiante, pues conoce a tres miembros sobresalientes del grupo de los científicos que posteriormente serán estadistas destacados en el gobierno de Díaz, y Rosendo Pineda será uno de los políticos porfiristas más importantes y activos

Estos jóvenes entusiastas a la vez que realizan con brillo sus estudios, se dedican a escribir historia regional y poesía, tenían una sólida formación como oradores y férreos contrincantes en los debates. Se mantenían bien informados, pues leían con regularidad los periódicos que llegaban de la capital, como *La Libertad*, órgano principal de los positivistas de aquellos años, editado por Justo Sierra Méndez. Un buen ejemplo de las dotes en oratoria de estos jóvenes, es que participaron como conferenciantes en los festejos del 15 de septiembre de 1876, pocos días antes de que el general Díaz saliera hacia la ciudad de México para derrocar al presidente Lerdo de Tejada.

A la edad de veinte años se dedica ampliamente al periodismo político, apoyando en sus escritos al régimen de Díaz ya instaurado. Se instala posteriormente en la ciudad de México, comienza a colaborar en el régimen como secretario particular del Secretario de Gobernación, Manuel Romero Rubio que, como vimos más arriba, es una pieza importante para el desarrollo de los jóvenes científicos. La importancia de Pineda en el régimen plenamente constituido es fundamental, Pineda es el que prepara la lista de los “nuevos elegidos” del gobierno, según las indicaciones de Porfirio Díaz; también regularmente es designado como diputado para Juchitán y en 1896 nombrado subsecretario de Gobernación.

JOAQUÍN DEMETRIO CASASÚS

Oriundo del pueblo costero de Frontera, Tabasco, nace Casasús el día 23 de diciembre de 1858; hijo de don Francisco A. Casasús y de doña Ramona González (la familia Casasús provenía de Tarragona, España). Reside casi inmediatamente en la ciudad de Campeche, que en aquel tiempo pertenecía al estado de Yucatán. Pasa sus primeros años de juventud allí y parte a los diez años para la capital del estado, Mérida, con la única finalidad de realizar sus estudios; primero en una escuela católica, luego en el Instituto Literario de Yucatán, también marcada e influenciada por la nueva educación positiva.

Se traslada a la capital mexicana para efectuar sus estudios de abogacía, y se relaciona de inmediato con aquellos jóvenes que muy pronto son sus compañeros de armas en las filas del grupo “científico”. Un rasgo notorio es la inmediata incorporación a la vida urbana y capitalina de la ciudad de México, signo que caracteriza sin duda la personalidad elitista del grupo. No obstante, regresa por algún tiempo a su lugar de origen.

Todavía muy joven –recientemente recibido de abogado en 1880– ocupa su primer puesto público como secretario de gobierno de Tabasco, pero fastidiado de la política de provincia regresa a la ciudad de México, donde ocupa el puesto de secretario del Banco Internacional e Hipotecario, incorporándose de lleno a la actividad política del régimen del general Díaz y al grupo de amigos que constituyen el círculo de los científicos.

PABLO MACEDO SARAVIA

Es el mayor de los hermanos Macedo que tendrán vínculos directos con el círculo de los científicos, sin embargo su participación destaca mucho más que la de su hermano,¹⁹ tanto en el plano público como entre las filas positivistas. La colaboración realmente activa de su hermano dentro del grupo, fue durante los años decisivos de 1910-1911.

Pablo Macedo nace en la ciudad de México el día 21 de febrero de 1851, sus padres son Mariano Macedo y Concepción González Saravia. De tradición liberal, pues su padre Mariano perteneció al

¹⁹ Nos referimos a Miguel Macedo (1856-1929), jurista destacado de finales del siglo XIX y primer tercio del siglo XX. Teórico del derecho penal y el derecho penitenciario en nuestro país; profesor desde los 23 años en la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1880-1910). Formó parte de numerosas comisiones de reformas jurídicas: del Código Civil (1882), miembro de las comisiones de Hacienda y Administrativa de Renta municipal de la Secretaría de la Junta de Vigilancia de Cárceles (1888), comisión de la elaboración de la Ley General de Instituciones de Crédito (1897), comisión revisora del Código Penal del DF (1902-1912), participó en la redacción de la Ley de Beneficencia Privada para el Distrito y Territorios Federados (1904) y fue miembro para la elaboración de la Ley Orgánica de los Tribunales del Fuero Común (1919). Desempeñó diversos cargos políticos: Síndico (1887), Regidor (1896-1897), Presidente del Ayuntamiento de la Ciudad de México (1898-1899), Senador por el estado de Puebla (1905, pero enseguida pidió licencia), encargado de la Subsecretaría de Gobernación (1906-1911), se hizo cargo por poco tiempo del Despacho de la misma (del 23 de marzo al 11 de mayo de 1911), luego se reincorporaría al Senado de la República... (cfr. Marco Antonio Pérez de los Reyes, “Miguel Salvador Macedo y Saravia: su vida y su obra”, en *Revista Jurídica. Anuario Mexicano de Historia del Derecho / Biblioteca Jurídica Virtual* [<http://www.juridicas.unam.mx/publica/rev/hisder/cont/13/cnt/cnt6.htm>] (consulta: junio 16 de 2010).

grupo político e intelectual de la Reforma, posición que no abandona nunca. La prematura muerte del padre en 1856, lo obliga, como a varios de sus compañeros científicos, a trabajar desde muy joven. Pues cuando contaba con dieciocho años solicita a la Cámara que se le habilite para poder ejercitar la abogacía como menor de edad.

Se titula a los veinte años, teniendo como compañeros de estudios en San Ildefonso a Justo Sierra y Emilio Prado, y se inicia en la práctica profesional de su carrera alternándola con la enseñanza del derecho. Como profesor titular de las cátedras de Derecho penal y Economía política, conoce las ideas positivistas que marcan de manera absoluta sus ideas posteriores. El joven abogado Macedo es, para los inicios del régimen porfirista, un intelectual que promete mucho; desempeña sin duda una función importante en el diseño y servicio de la política del régimen. Al igual que muchos de sus contemporáneos, veía en la administración de Díaz las posibilidades adecuadas para implementar en muy buena medida sus ideas positivistas sobre educación, política y economía.

FRANCISCO BULNES

Sin duda uno de los intelectuales más polémicos y complicados del porfiriato, nació en la ciudad de México el día 4 de octubre de 1847. Sus padres son Manuel Alonso de Bulnes y de Ayedi y María Muñoz Cano, de su infancia quedan muy pocos datos. Cursa sus primeros estudios en escuelas religiosas y estudia la carrera de ingeniería en el Colegio de Minería.

Su vida privada fue inquieta y aventurera, se conocen algunos sucesos de juventud al lado de sus compañeros de un grupo llamado los “buinduris”, donde se mezclan las actividades literarias y de estudios, con las aventuras amorosas. A los veinte años termina su carrera de ingeniería, y comienza su actividad como profesor en la Escuela Nacional Preparatoria en el año de 1867; era ayudante en el área de matemáticas –álgebra y aritmética–, cuyo titular corresponde a los profesores eméritos Isidoro Chavero, Eduardo Garay, José Ma. Bustamante y Manuel Tinoco. En esa institución conoce a José Yves Limantour y Miguel Macedo, que en aquellos años cursaban estudios en la escuela. Alterna dichas actividades con el ejercicio periodístico, en donde da muestra de una aguda crítica y de una refinada ironía.

Para el año de 1874 es asignado, junto con algunos otros intelectuales de la época, para viajar a Japón, así como a otros lugares importantes (Estados Unidos, China, Cuba, Egipto y Europa); de aquellos viajes resulta su obra titulada *Sobre el hemisferio norte 11 000*. Al concluir sus viajes, Bulnes vuelve a sus actividades docentes, en el año de 1875.

En sus artículos periodísticos de aquel año se declara abiertamente partidario del presidente Lerdo de Tejada, ubicándose en la oposición durante los primeros años del porfiriato, pero su actividad política oscilará en los siguientes años hacia las filas del régimen del general Díaz. A lo largo de éste, participó por quince veces como Diputado hasta el arribo de la Revolución Mexicana. Ciertamente, Bulnes ejerce desde el periodismo político y literario una función importante a lo largo

de todo el régimen porfirista; como crítico agudo, educador, testigo de su tiempo, y como un intelectual preocupado y participante en la política de su época.

IDEOLOGÍA PORFIRISTA: POLÍTICA, SOCIEDAD E INTELLECTUALES

El régimen porfirista sin duda guarda múltiples malentendidos. La historia “oficial” se ha encargado de recubrir este periodo con los más exagerados apelativos y desdenes. Quizás una primera postura, que nos permita aproximarnos a este periodo “incómodo” o “molesto” para algunos historiadores, es no perder de vista la innegable continuidad que existe entre la República, el porfiriato y los gobiernos posrevolucionarios. También la suerte de manipulación de que se han servido estos gobiernos para *auto-justificarse*.

La línea indeleble que permite realizar este tipo de lectura es la *ideología liberal*, con todo y las transformaciones que padece.²⁰ Pues tras la instalación de la República restaurada de 1867, es que el México independiente se ve en la posibilidad de implementar la ideología liberal triunfante sin los obstáculos de otra fuerza política amenazante. También este gobierno tiene la necesidad de consolidar una cultura nacional, al levantar el espíritu patriótico de sus ciudadanos, que juraban lealtad hacia su gobierno y su patria. Es aquí donde podemos ver por primera vez en nuestro país la relación que el poder mantendrá con la cultura:

*surge la necesidad –por parte del Estado– de la producción cultural para apoyar y justificar la ideología y la política oficial manejada.*²¹

Vemos como por medio de los intelectuales se impulsa un proyecto nacionalista, que a lo largo de su desarrollo adquiere tintes didácticos, apologéticos y directivos. Un buen ejemplo es la aparición el 2 de enero de 1869 de *El Renacimiento*; revista cultural, literaria y política, que entre sus filas contaba con Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Manuel Derecho y el joven Justo Sierra Méndez. Este órgano cultural se constituye como catalizador de múltiples corrientes políticas y culturales, sin duda ocupa una función fundamental en la activación de las letras y la política del México posterior a la Reforma.

El porfiriato es regularmente enmarcado entre el periodo histórico que comprende el día 23 de noviembre de 1876 y 25 de mayo de 1911; en su primer periodo el general Díaz se enfrenta con muchas dificultades y desaciertos, sólo al final de su mandato comienza a perfilarse como un “buen dirigente político”. A su regreso –en 1884–, continúa su labor pacificadora y constructiva, elimina con astucia a los caciques y refuerza la cultura nacionalista con el culto a los héroes nacionales (principalmente con la figura de Juárez), logra mantener un nivel constante de prosperidad y de paz nacional.

²⁰ Moisés González Navarro, “Tipología del Liberalismo”, en *Historia Mexicana*, núm. 2, vol. XXII, México, octubre-diciembre de 1982.

²¹ Una buena interpretación de este fenómeno puede verse, por ejemplo, David R. Maciel, “Los orígenes de la cultura oficial en México: los intelectuales y el Estado en la República Restaurada”, en *Los intelectuales y el poder en México*, pp. 569–605.

La ideología positivista sin duda le venía bien a las ideas progresistas y de modernización del general; por otra parte, la ideología positivista logra inyectarle al liberalismo clásico un ímpetu renovador y ordenado. Ciertamente, la ideología positivista o política científica no coincidía del todo con la ideología progresista y rígida que Porfirio Díaz tenía en mente; las reformas constitucionales y políticas que los positivistas impulsaron, primero en 1888, luego en 1893 y 1903, lo demuestran plenamente. Quizás en el fondo las disparidades eran mayores que las coincidencias, pero las pocas afinidades eran suficientes para mantener y sostener la relación, que posibilitaba la implementación progresista que los científicos y Díaz buscaban.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Visto así el asunto, el “misterio científico” resulta muy aleccionador sobre la compleja relación que suele establecerse entre los intelectuales y el poder; entre los usos que requiere el Estado de la producción cultural y la necesidad que tienen la cultura, y sus actores principales, de un poder –con todos sus recursos y desdenes– que la sustente e impulse satisfactoriamente. Relación que para mantenerse, tiene que contener muchos equívocos y poca claridad.

Resulta indudable que como grupo vinculado estrechamente con el General, al ser considerados como los “íntimos de Díaz”, comparten su misma suerte. Sin embargo, para comprender mejor al grupo de los Científicos en el periodo histórico señalado, resulta tan dañino el “condenarlo” como el buscar a toda costa

su “justificación”. Sucede algo tan reduccionista, como poco útil, al condenar de entrada a los científicos como cómplices directos del régimen autoritario de Díaz; pero también resulta estéril el querer “salvarlos” a toda costa. Indudablemente por ambas vías no se llega muy lejos, lo que se requiere es una postura comprensiva más abierta y realista del asunto. Con este ánimo, es decir, buscando únicamente comprender mejor a este grupo de intelectuales y su relación con el gobierno de Díaz, podemos formular las siguientes conjeturas:

1. Con sus debidas reservas, al aplicar una óptica moderna a estos intelectuales del positivismo científico, resulta que en un cierto sentido dejan de ser “intelectuales” tal como lo entendemos actualmente, para constituirse en políticos, educadores, estadistas, diplomáticos, etcétera. Pero también, por su formación, y aunque condicionados en buena medida por sus compromisos políticos con el régimen, algunos de ellos siguen conservando su posición de intelectual crítico y partícipe en la formación de la opinión pública (el caso de Bulnes sería el más evidente).

2. Según François-Xavier Guerra, por más confianza y libertad que tuvieran estos hombres de letras con el presidente Díaz, al grado de poder criticar abiertamente medidas emprendidas por el régimen, no logran cumplir el papel de “consejeros del Príncipe”. Cuando mucho, los tomaba en consideración a la hora de las decisiones importantes. En sí mismo, es relevante la movilidad que permitía a los hombres que no sólo su amistad había

sido plenamente probada, sino que fundamentalmente en la práctica su capacidad e inteligencia eran más que reconocidas.²²

3. Sostenemos aquí la hipótesis de la utilización mutua, por más indigna que luego suele considerarse. En realidad, este grupo de intelectuales positivistas considera y calcula adecuado el gobierno firme y estable del general Díaz como el “lugar propicio” para conseguir implementar sus ideas y su proyecto de política científica en la compleja realidad social mexicana. Por más absurdo que pueda oírse, el México del porfirismo —que había logrado establecer el orden después del caos de 1876— constituye una especie de “gran laboratorio” sobre el que podrían poner en práctica sus ideas e ideales positivistas.

4. Por otro lado, Porfirio Díaz utiliza adecuadamente el talento y competencia de esta élite intelectual, que, no sólo revitaliza el liberalismo tradicional rígido y de pocas propuestas, sino cuyas ideas novedosas también le sirven para su proyecto progresista de Nación. Por otra parte, al pretencioso y ambicioso general el “traje” de científico le venía muy bien para su régimen, necesitado del “glamour” y de las buenas formas del saber.

5. Podemos considerar además que bajo los intentos reformistas de la constitución, que deben entenderse como la vía legal elegida por los científicos

para buscar reformas más amplias en el ámbito político: la primera, en 1878 bajo la bandera de *La Libertad*, luego en la fracasada tentativa reformista de 1893, para intentarlo nuevamente de forma fallida en el año de 1903. Los dos primeros intentos fueron impulsados y conducidos por Justo Sierra, y el tercero por el Ingeniero Francisco Bulnes.

Charles Hale observa aquí, apoyando la tesis fundamental de su trabajo,²³ el fuerte “componente constitucionalista” que acompaña a los tres intentos reformistas emprendidos por los positivistas. A nuestro entender, dos lecciones pueden desprenderse de este hecho: (i) la *política científica*, pese a que sin duda tuvo una importante presencia en el gobierno porfirista, sobre todo a partir de 1892, en realidad se vio bastante limitada. No consigue impactar ni generar del todo las reformas políticas, sociales, educativas y económicas, que sus principios ideológicos positivistas buscan; (ii) pero, por otro lado, los positivistas científicos continúan participando activamente con el régimen del general Díaz, pues seguían considerando como la única opción viable para impulsar y realizar internamente las reformas de la política científica■

²² Cfr. François-Xavier Guerra, *México...*, op. cit., pp. 80-85.

²³ Charles Hale insiste —a lo largo de su obra *La transformación...*, op. cit., p. 401— sobre este punto: “El argumento principal de este libro es que los defensores de la política científica de 1878 y sus herederos, los Científicos de 1893, deben ser considerados como constitucionalistas y no sólo como defensores del régimen autoritario de Porfirio Díaz”.

BIBLIOGRAFÍA

- Braudel, Fernand, "La larga duración", en *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 23-54.
- Elias, Norbert, *Sobre el tiempo*, México, FCE, 1989.
- Ferrarotti, Franco, *La historia y lo cotidiano*, Barcelona, Península, 1992.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, t. I, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2003.
- González Navarro, Moisés, "Tipología del Liberalismo", en *Historia Mexicana*. núm. 2, vol. XXII, México, octubre-diciembre de 1982.
- González Navarro, Moisés, "Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910", en *Historia Mexicana*. núm. 4, Vol. XXXVII, México, abril-junio de 1988.
- Guerra, François-Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, T. I, México, FCE, 1991.
- Hale, Charles, *La transformación del liberalismo mexicano en el último cuarto del siglo XIX*, México, Editorial Vuelta, 1991.
- Katz, Friedrich, *De Díaz a Madero*, México, Ediciones Era, 2004.
- María y Campos, Alfonso, "Los científicos: actitudes de un grupo de intelectuales porfirianos frente al positivismo y la religión", en VV. AA., *Los intelectuales y el poder en México* (antología), México, COLMEX, 1991.
- María y Campos, Alfonso, "Porfirianos prominentes: orígenes y años de juventud de ocho integrantes del grupo de los científicos", en *Historia Mexicana*, núm. 4, vol. XXXIV, México, abril-junio de 1985.
- Maciel, David R., "Los orígenes de la cultura oficial en México: los intelectuales y el Estado en la República Restaurada", en *Los intelectuales y el poder en México* (antología), México, COLMEX, 1991, pp. 569-605.
- Pérez de los Reyes, Marco Antonio, "Miguel Salvador Macedo y Saravia: su vida y su obra", en *Revista Jurídica. Anuario Mexicano de Historia del Derecho / Biblioteca Jurídica Virtual* [http://www.juridicas.unam.mx/publica/rev/hisder/cont/13/cnt/cnt6.htm] (consulta: junio 16 de 2010).
- Raat, William, *El positivismo durante el porfiriato, 1876-1910*, México, SEP, 1975.
- Ricoeur, Paul, *Tiempo y narración. El tiempo narrado*, t. III, México, Siglo XXI, 2004.
- Villegas, Abelardo, "I. Cientificismo y revolución", en *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, México, FCE, 1993.
- VV. AA., *Historia general de México*. T. 2, México, COLMEX, 1981.
- Zea, Leopoldo, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, FCE-SEP, 1985.